

Isabel Muñer

Por MERCEDES GAIBROIS DE BALLESTEROS
DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Al intentar el estudio de los grandes personajes históricos, es fácil incurrir en un vicio de emplazamiento, situándolos, por natural tendencia a sublimarlos, en zonas irreales, lo que nos dará forzosamente nociones falsas, porque no se puede deshumanizar a los héroes, que hombres fueron, como hombres actuaron y como a hombres hemos de juzgarlos. Ni siquiera la Antigüedad clásica despojó a sus semidioses de la raíz humana.

Lo mejor que habrá siempre en cada héroe será aquello que represente su valor como ser humano, como criatura de Dios, y tanto más excelente será su individualidad histórica, cuanto más auténtica sea su calidad humana, en lo que tiene de normal, pues que no en balde el hombre fué hecho a la divina imagen y semejanza. Y lo que en algunas vidas famosas haya habido de extraordinario, fuera de la norma humana, podrá considerarse como fenómeno de satanismo.

Tenidas en cuenta estas reflexiones, veremos que Isabel la Católica sale del examen con plenitud de excelencias. Ella representa el tipo de heroína que suele dar España, porque la mujer española, cuando ascendió a las jerarquías históricas nunca fué por genialidades extravagantes sino exaltando esos valores humanos que aludimos, ennobleciéndolos, elevando las potencias del espíritu a su máximo rendimiento, llegando a lo sublime sin rebasar la mayor normalidad. Jamás el heroísmo, el sacrificio, los deliquios místicos, la actividad creadora, alteraron la línea llana de su vivir sencillo y tradicionalmente doméstico.

Así, por las sendas pretéritas de España, desfilan mujeres excepcionales, «tocada la sandalia con polvo de la tierra, tocada la pupila con resplandor del Cielo», dicho con frase del poeta colombiano Rivas Groot.

Al extranjero que quisiera entender a la gran reina, bastaría recomendarle que observase a una mujer nuestra laboriosa, amante de su marido y de sus hijos, celosa del hogar y de la hacienda, mujer en todo consciente de que ha venido a la vida para cumplir una misión. Esta mujer, en trance de crisis por cada uno de sus amores y de sus deberes, con sus virtudes llegará a heroína.

La reina Isabel, que fué en todo un exponente justo de lo español, como aquellas mujeres, amó a su marido y a sus hijos con pasión y ternura, y cual ellas, fué celosa del hogar y la hacienda. Hogar y hacienda que eran, en su caso, la propia España.

Por eso es bastante acertada la visión de un ilustre escritor que imagina a la reina Isabel al final de su vida, como a una ama de casa que, después de concluidas sus tareas de orden y paz, se acoda al balcón para

mirar los amplios horizontes del mar que lleva a América. Que lo sublime muchas veces está entre la humildad de lo más simple, como nos enseñó Santa Teresa.

No olvidemos, por tanto, al evocar a Isabel la Católica, toda la fuerza humana que hubo en ella aplicada, en tono heroico, a la exaltación de claros ideales y a la magna creación de las Españas.

Conviene además rectificar el criterio equivocado de algunos panegiristas de la Reina Católica que para acrecentar su gloria han relegado injustamente al rey a un plano secundario. Error fundamental, porque si se aspira a conseguir una semblanza exacta de Isabel es necesario mantener en presencia constante, al lado de ella, la memoria de Fernando, que es media vida suya.

Esto es esencial, porque en la compenetración que existió entre aquellos dos grandes monarcas radica la característica más fuerte de este caso excepcional de la Historia.

La feliz solución del caso político surgido al unirse los reinos de Aragón y Castilla, acaso tiene su nacimiento más sólido en que Isabel actuó en tal ocasión como mujer, salvando con singular dirección la susceptibilidad nacional de sus vasallos, a los que respeta con lealtad, pero sin compartir sus posibles recelos.

El secreto de esa rara armonía política radica en la hondura del amor conyugal, es decir, en la potencia de un sentimiento humano.



Para Isabel, Fernando es marido antes que rey y como mujer le amó. Según cuenta un cronista, «amaba mucho a su marido e celábalo fuera de toda medida». Como mujer tuvo grandes celos amorosos, jamás políticas emulaciones.

Algunos comentaristas de la vida de Isabel, deslumbrados por el brillo de las dotes de gobierno que poseía, exaltan sólo su entereza en el mando, su talento excepcional, su incansable actividad, la clarividencia de su visión política, su genial intuición, convirtiendo su esquema biográfico en una especie de monumento marmóreo, sin advertir que de esta suerte desvirtúan lo que hubo de más vital en nuestra reina.

Con gran acierto, el duque de Maura ha titulado un libro suyo: «Estatuas que vuelven a ser hombres». Es preciso buscar en las pétreas efigies de algunas biografías, las corrientes vivas que las animaron.

A Isabel la Católica debemos rescatarla del ditirambo. Es necesario demostrar a los que tienen de ella la impresión de un personaje histórico admirable pero frío, seco, autoritario, falto de los dones de la gracia y de la sensibilidad, que justamente éstos fueron dones suyos y que silenciarlos es dejar incompletos los trazos de su genuina silueta espiritual. Porque al lado de la reina excelsa está la mujer que vivió intensamente su propia vida.

Huérfana de padre a los tres años, pasa su infancia en un pueblo de Castilla, casi con pobreza, junto a la madre demente y al hermano que pronto ha de perder. A los doce años es llevada a la Corte, no ciertamente ejemplar, de su hermanastro Enrique IV, y adolescente, rodeada de intrigas políticas, lucha para defenderse de un matrimonio que le repugna y que quieren imponerle. Reacciona humanamente, casándose por su voluntad con el Infante de Aragón, al que amaré hasta su muerte.

En ese duro aprendizaje de su infancia y de su juventud, se talla el carácter de Isabel, profundamente humano.

Muchos, al tratar de la reina, suelen olvidarse de sus aficiones, de sus sentimientos, de sus inclinaciones, de sus mismas debilidades femeninas, como aquellos extremados celos matrimoniales, o su gusto por los vestidos nuevos y la pompa cortesana.

Tampoco se detienen en el recuerdo de su vida familiar, con sus pesares y alegrías; su entrañable cariño a Don Fernando y a sus hijos, su piedad filial con la madre enferma, sirviéndola en persona cuando la visita lo frecuentemente que le permiten sus andanzas por los reinos; las penas inmensas de ver morir un hijo, el Infante don Juan, su ángel, como ella le llamaba, a los veinte años; su hija doña Jsabel, a los veintiocho; un nieto que nace muerto, y otro, don Miguel, que muere de dos años; la preocupación por la infelicidad de doña Catalina, la angustia ante la locura de doña Juana, crudelísimos «cuchillos de dolor», como dice el cronista Bernáldez, que aceleran su fin.

Por último, rememoremos, entre tantas otras muestras del espíritu jugoso, fresco, alegre y bondadoso de Isabel, su flaqueza, constancia y firmeza en la amistad, su compasión hacia los débiles, el ingenio de sus respuestas, la generosa comprensión que siempre tuvo para todos en las horas difíciles, como en los casos de Colón o del Gran Capitán.

Para comprender el alma de Isabel la Católica es fundamental tener presente el hondo sentido humano que le caracteriza.

La gran reina, bajo cuya égida se descubren mundos y se ganan estados, fué, antes que todo, mujer de corazón.